

LA REALIDAD DE LA FE Y LA TAREA DE LA EVANGELIZACIÓN

El objetivo de esta exposición es mostrar que el ejercicio de la evangelización ha de partir de la realidad de la Fe, de lo que la Fe es. Y por tanto que es necesario atender a la naturaleza de la fe si queremos cumplir la misión que Dios nos ha encomendado a todos.

Para ello seguiremos algunas ideas que el Papa Benedicto XVI expuso el día 21 de Agosto de este mismo año, tras la celebración de la Eucaristía con los jóvenes en Colonia, a los obispos alemanes.

Allí el Papa hizo un diagnóstico de la situación actual de avance de la descristianización de Europa e invitó a una reflexión seria sobre el modo como hoy podemos evangelizar. Y trazó dos pistas para esta reflexión: primero, la prioridad de la adoración; segundo, sostener la búsqueda del hombre y no hacerle creer que la fe es un dogmatismo cerrado en sí mismo.

Al hilo de estas ideas desarrollaré la conferencia con los puntos que ahora enuncio para facilitar su seguimiento:

- Punto I: Un Análisis
- Punto II: Un Reto
- Punto III: El Corazón de la Iglesia
- Punto IV: La Realidad de la Fe
- Punto V: El corazón del Hombre
- Punto VI: La Tarea de la Evangelización

I. UN ANÁLISIS

Después de la Eucaristía con los jóvenes, el papa Benedicto XVI, se reunió con los obispos alemanes: agradeció el esfuerzo y los trabajos realizados en la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud, hizo notar que precisamente estos esfuerzos han puesto de manifiesto que la Iglesia sigue viva en Alemania, y añadió:

Además de los aspectos positivos, que es importante no olvidar y por los que es preciso dar gracias siempre, debemos admitir también que, lamentablemente, en el rostro de la Iglesia universal, y también en el de la Iglesia que está en Alemania, no faltan arrugas, sombras que ofuscan su esplendor. Debemos tenerlas también presentes, por amor y con amor, en este momento de fiesta y de

agradecimiento. Sabemos que siguen progresando el secularismo y la descristianización, que crece el relativismo. Cada vez es menor el influjo de la ética y la moral católica. Bastantes personas abandonan la Iglesia o, aunque se queden, aceptan sólo una parte de la enseñanza católica, eligiendo sólo algunos aspectos del cristianismo¹.

El resultado del análisis es preocupante: progresa el secularismo, la descristianización y el relativismo. Pierde influjo la moral católica. Y muchos fieles abandonan la Iglesia o, si permanecen, su adhesión a la vida y a la fe eclesial es muy parcial. Para caer en la cuenta de la gravedad del diagnóstico hagamos notar, primero la circunstancia en que se realiza, segundo, el dinamismo de la enfermedad diagnosticada y, tercero, su extensión en el cuerpo eclesial.

- 1º. El diagnóstico es más significativo por el contexto de entusiasmo, en el marco de la Jornada Mundial de la Juventud. El testimonio de los que asistieron estaba cargado de una lógica euforia por la impresionante manifestación pública de adhesión a la fe de tantos jóvenes y por las propias palabras del Papa. Pues bien, ni siquiera este ambiente de gozo hace olvidar a Benedicto XVI la grave situación de la Iglesia.
- 2º. Lo que se refleja en este análisis no es una realidad estática, una situación de equilibrio o un punto de llegada. Es más grave que eso. Es una situación dinámica. El Papa emplea verbos de movimiento: el secularismo y la descristianización siguen progresando, crece el relativismo, es cada vez menor el influjo de la moral católica, etc.
- 3º. Los destinatarios inmediatos del discurso son los obispos alemanes y podría parecernos que la enfermedad diagnosticada concierne a la Iglesia germana. Sin embargo, enseguida el Papa hace entender que el mal aqueja a toda Europa. Y no sólo eso, sino que dirige su atención a dos puntos concretos de este cuerpo de la Iglesia europea. Francia y España –Algo, pues, nos atañe–.

II. UN RETO

Y llegamos así al centro que ordena el discurso del Papa:

Considero que en toda Europa, al igual que en Francia, en España y en otros lugares, deberíamos reflexionar seriamente sobre el modo como podemos realizar hoy una verdadera evangelización, no sólo una nueva evangelización, sino con frecuencia una auténtica primera evangelización. Las personas no conocen a Cristo. Existe un nuevo paganismo y no basta que tratemos de conservar a la comunidad creyente, aunque esto es muy importante; se impone la gran pregunta: ¿qué es realmente la vida? Creo que todos juntos debemos tratar de encontrar modos nuevos de llevar el Evangelio al mundo actual, anunciar de nuevo a Cristo y establecer la fe.

Lo que encontramos en estas palabras es un reto a la Iglesia europea, con una mención especial a la Iglesia francesa y a la española. El reto es la evangelización, una verdadera evangelización. Quiero hacer aquí cuatro consideraciones:

- 1ª. La llamada a la reflexión. Se pide una reflexión seria sobre el modo en que poder llevar el Evangelio. Y se pide la colaboración de todos en la búsqueda de un camino adecuado.

¹ Archivo informático vaticano

- 2^a. Se habla no sólo de una **nueva** evangelización, sino de una **primera** evangelización. No de refrescar una planta ya enraizada, pero que por falta de agua ahora languidece. No, sino que en muchos casos ya no hay planta. Cristo se ha convertido en un extraño para gran parte de los europeos. Y se trata de anunciarlo y de implantar la fe, de nuevo, en el alma de nuestros contemporáneos. Sin duda encontraréis en este punto resonancias de ***Ecclesia in Europa***², pero no nos detendremos en esto. Lo cierto es que Cristo se ha convertido, para una gran mayoría, en un extraño y ahora no basta conservar la fe, como aquel empleado holgazán del Evangelio que no quiso poner a producir el talento de su Señor. Recordad que aquel se quedó sin nada, conforme a la sentencia: “Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez, porque a todo el que tiene se le dará y le sobraré; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará” (Mt 25,28-29).
- 3^a. Ante la nueva situación, ante el nuevo paganismo “se impone –dice el Papa– la gran pregunta: *¿Qué es realmente la vida?*”. Para entender mejor esta observación será útil traer aquí otra intervención del actual papa, cuando aún era cardenal, hace cinco años en Roma. Dijo entonces: “Gran parte de la humanidad de hoy no encuentra en la evangelización permanente de la Iglesia el Evangelio, es decir, la respuesta convincente a la pregunta: *¿cómo vivir?*”³. Se abre ya así un camino para la reflexión: el anuncio del Evangelio ha de mostrar al hombre que Cristo no es una historia del pasado, sepultada por el tiempo; que no es un arquetipo moral, siempre más allá de nuestra propia debilidad; que no es una filosofía de salón para hombres satisfechos y aburridos que se entretienen con construcciones del pensamiento; sino que tiene que ver con el hombre y con la vida que ha de afrontar cada día: con el gozo, con el matrimonio, con el amor y la amistad, con el dolor, con la muerte que se le acerca.
- 4^a. El solo hecho de que el Papa invite a una profunda reflexión sobre el modo en que poder evangelizar puede producir extrañeza, ya que podría parecer que la Iglesia evangeliza simplemente por estar ahí. ¿Puede el fuego no quemar? ¿Puede la luz no iluminar? ¿Puede la Iglesia no evangelizar? Pablo VI afirmó que la Iglesia evangeliza con toda su vida⁴. Es decir: si vive, la Iglesia evangeliza. En la intervención que antes citábamos del entonces cardenal Ratzinger leemos: “*La Iglesia evangeliza siempre y nunca ha interrumpido el camino de la evangelización. Cada día celebra el misterio eucarístico, administra los sacramentos, anuncia la palabra de vida, la palabra de Dios, y se compromete a favor de la justicia y la caridad. Y esta evangelización produce fruto: da luz y alegría; da el camino de la vida a numerosas personas. [...] Sin embargo, existe un proceso progresivo de descristianización y de pérdida de los valores humanos esenciales, que resulta preocupante. Gran*

² Juan Pablo II, Exhortación apostólica ***Ecclesia in Europa*** 47: “...por doquier es necesario un nuevo anuncio incluso a los bautizados. Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos cristianos viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y los signos de la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. En muchos, un sentimiento religioso vago y poco comprometido ha suplantado las grandes certezas de la fe; se difunden diversas formas de agnosticismo y ateísmo práctico que contribuyen a agravar la disociación entre fe y vida; algunos se han dejado contagiar por el espíritu de un humanismo inmanentista que ha debilitado su fe, llevándoles frecuentemente, por desgracia, a abandonarla completamente...”

³ Joseph Ratzinger; “*La nueva Evangelización*”. Conferencia pronunciada en el Congreso de catequistas y profesores de Religión (Roma, 10 de Diciembre de 2000). Tomado de L’OSSERVATORE ROMANO, 19 de enero de 2001

⁴ Cf. Pablo VI; Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* 17

parte de la humanidad de hoy no encuentra en la evangelización permanente de la Iglesia el Evangelio, es decir, la respuesta convincente a la pregunta: *¿cómo vivir?*”. Estas palabras señalan directamente al corazón de la Iglesia.

III. EL CORAZÓN DE LA IGLESIA

¿Por qué digo que se apunta directamente al corazón de la Iglesia? Porque la Iglesia siempre evangeliza, pero si, de hecho, no hay evangelización, si no hay transmisión de la fe, si en tantos lugares no se generan sujetos verdaderamente cristianos, entonces la pregunta se dirige hacia lo que hace que la Iglesia sea ella misma, su corazón. ¿No habremos abandonado, en mayor o menor medida, los hombres de Iglesia, -obispos, sacerdotes, padres, madres...-, aquel fundamento que nos hace la sal y la luz de los hombres? Es el momento de escuchar en toda su gravedad aquella advertencia de Cristo: **“Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se vuelve sosa ¿con qué se la salará? Ya no sirve más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres”** (Mt 5,13)?

Y ¿cuál es este corazón de la Iglesia que nos convierte en sal y luz, sino aquel que nos convoca en torno a él, verdadera luz del mundo? **“Yo soy la luz del mundo, quien me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”** (Jn 8,12). Cristo es el corazón de la Iglesia. Y la pregunta que hemos de hacernos es si no hemos desplazado este corazón, o si no lo hemos sobrecargado de excesivos ropajes.

En el discurso a los obispos alemanes, el papa señala este corazón tomando pie del lema de la Jornada Mundial de la Juventud: *“Hemos venido a adorarlo (Mt 2,2). A menudo estamos tan agobiados, comprensiblemente agobiados, por las inmensas necesidades sociales del mundo, por todos los problemas organizativos y estructurales que existen, que podemos dejar de lado la adoración como algo que haremos después”*. Y añade: *“en nuestro nuevo contexto de la adoración perdida, y por tanto del rostro perdido de la dignidad humana, nos corresponde de nuevo a nosotros comprender la prioridad de la adoración y hacer que los jóvenes –así como nosotros mismos y nuestras comunidades– sean conscientes de que no se trata de un lujo de nuestro tiempo confuso, que tal vez no nos podemos permitir, sino de una prioridad. Donde no hay adoración, donde no se tributa a Dios el honor como primera cosa, incluso las realidades del hombre no pueden progresar”*⁵.

Por tanto, la primera pista que se nos ofrece para la reflexión es esta: la necesidad de hacer de la adoración debida a Dios, de la escucha de la Palabra, de la súplica, de la acción de gracias, de la contemplación, de la atención y la obediencia a Dios, lo único necesario, lo único que no puede dejarse para después.

⁵ Para ahondar en el significado de la adoración: *“La palabra griega es proskynesis. Significa el gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir. Significa que la libertad no quiere decir gozar de la vida, considerarse absolutamente autónomo, sino orientarse según la medida de la verdad y el bien, para llegar a ser, de esta manera nosotros mismos, verdaderos y buenos. Este gesto es necesario, aun cuando nuestra ansia de libertad se resiste, en un primer momento, a esta perspectiva. Hacerla completamente nuestra sólo será posible en el segundo paso que nos presenta la última Cena. La palabra latina para adoración es ad-oratio, contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor. La sumisión se hace unión, porque aquel al cual nos sometemos es Amor. Así la sumisión adquiere sentido, porque no nos impone cosas extrañas, sino que nos libera desde los más íntimo de nuestro ser”*. Benedicto XVI, Homilía del 21 de Agosto de 2005 -Jornada Mundial de la Juventud-

Los métodos, las estructuras, incluso la inmediata eficacia, o ineficacia pastoral, que muchas veces tanto marca nuestra actividad y nuestro estado de ánimo y que, por ser inmediatas, tan sólo son aparentes⁶, han de quedar en un segundo plano.

El primer punto de interés de cada hijo de la Iglesia ha de ser dar a su Padre el culto debido. No en vano la primera petición de la oración dominical es que Dios sea glorificado: **“santificado sea tu nombre”**. Y es también el primer deseo que nace del corazón de María: **“engrandece mi alma al Señor”**⁷.

Escuchar a Dios, recibir de él el pan de la vida, con todas las facultades del alma dispuestas para acogerle, bendecirle, glorificarle, suplicarle, estar atento a lo que él dispone. Amar a quien tanto nos ha amado. Esta, y no otra, ha de ser la prioridad. Ni la eficacia, ni el número, ni el agrado de los hombres, sino el agrado de Dios, porque, como escribía san Pablo, **“Si todavía tratara de agradar a los hombres ya no sería siervo de Cristo”** (Gal 1,10). Con palabras de san Benito: **“No anteponer nada al amor de Cristo”**⁸.

IV. LA REALIDAD DE LA FE

Siguiendo las palabras del Papa sobre la adoración hemos llegado al corazón de la Iglesia, que es Cristo, el Misterio que la habita. La adoración es el reconocimiento de este misterio y la entrega a él. Es, en realidad, un acto de fe. No hay más que recordar las palabras del Concilio: **“Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad”**⁹.

Y así llegamos al núcleo de la exposición que me proponía: la realidad de la fe. Será la parte más larga de la exposición.

Me interesa destacar: primero, que la fe viene determinada por la Revelación¹⁰; segundo, que viene determinada también por la naturaleza del hombre y por el fin que le es propio a dicha naturaleza.

A) Revelación y Fe.

Hablamos de la fe en sentido propio, es decir, de la fe cristiana. No nos referimos a una categoría imprecisa, amplia y vaga, que pueda designar distintas experiencias religiosas. Y es que, la novedad absoluta de la revelación cristiana determina también la novedad, no homologable a otras experiencias religiosas, de la fe, como respuesta a dicha revelación.

Lo que el nuevo testamento llama "fe" no se refiere a una actitud religiosa que pueda recibir los contenidos más diversos –algo parecido a una categoría abstracta, a un conocimiento capaz de aprehender una multitud de objetos dispares aun sin dejar de ser conocimiento—. La fe, en el sentido cristiano, tiene un carácter único y exclusivo. No es una noción global que conviniera a numerosas modalidades: fe cristiana, fe musulmana,

⁶ Cf. San Agustín, *Sobre los Pastores*; Sermón 46. Obras Completas VII. BAC. Madrid (1981) Pág. 642

⁷ Cf. Benedicto XVI; Homilía (15 de Agosto de 2005)

⁸ San Benito; *Regla*. Cap. 4. BAC. (Madrid 1993). Pág. 83

⁹ DV 5

¹⁰ Cf. Romano Guardini: *“La fe está determinada por lo que ella cree”*. *Vie de la foi*. Cf. H. de Lubac; *La Fe Cristiana*. FAX. (Madrid 1970) Pág. 321

*paganismo de los antiguos griegos o budismo... Sino que es el vocablo que designa un hecho único: la respuesta dada por el hombre al Dios que ha venido a él en Cristo*¹¹.

Y es que la fe es esto: una respuesta del hombre a la revelación de Dios. Así se presenta en la *Dei Verbum*¹². Y así también en el Catecismo de la Iglesia Católica:

*Por su revelación, “Dios invisible habla a los hombres como a amigos, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía” (Cf. DV 2). La respuesta adecuada a esta invitación es la fe*¹³.

Por tanto, “*la fe es la respuesta a una revelación inaudita*”¹⁴. Lo que nos lleva a una conclusión elemental: la comprensión de la realidad de la fe sólo es posible al entender la realidad de la Revelación que la provoca. Hagamos tres indicaciones sobre la Revelación, tomando pie de estas palabras de la *Dei Verbum*: “*Dios invisible habla a los hombres como a amigos, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía*”¹⁵.

1) Se describe esta revelación de Dios como un “**hablar**” de Dios a los hombres y un “**morar**” entre ellos. En estos dos verbos se resume la acción reveladora de Dios en la historia, apuntando a la culminación de la Revelación con Jesucristo, la Palabra eterna de Dios que ha puesto su morada entre nosotros. Ya la referencia a este “hablar” nos hace entender que la revelación de Dios es “inaudita”, inesperada y no prevista. ¿Por qué? -Por la grandeza y por la trascendencia de Dios, que no puede ser confundido con cosa alguna, material o espiritual, de las que vemos, oímos o tenemos cualquier otro tipo de experiencia. En efecto, si Dios es, siguiendo a San Anselmo, “*el ser mayor que el cual no cabe pensar otro*”¹⁶; o, siguiendo la interpretación que tantas veces se ha hecho de la manifestación en la zarza ardiendo¹⁷, el *ser necesario y subsistente*, el “*Dios oculto*” -Is 45,15-, cuyo nombre “*es misterioso*” -Jc 13,18-, “*plenitud del Ser y de toda perfección, sin origen y sin fin*”¹⁸, es inaudito que dirija su Palabra, que es su Hijo amado, al hombre, pequeña obra de sus manos. Y la sorpresa llega a su culmen ante la Encarnación: “*Dios vino a la tierra desde los cielos y se hizo presente entre los hombres y el que no puede ser abarcado se albergó en el seno de la Virgen*”¹⁹.

2) En segundo lugar, destacaré el movimiento interno que le lleva a Dios a revelarse: “*movido por su gran amor*”, se dirige a los hombres “*como a amigos*”. El hecho de la Revelación de Dios por su Palabra, a lo largo de los siglos, en el desarrollo de la economía de la Antigua Alianza y en la Plenitud de los Tiempos²⁰, no puede entenderse si no es por este movimiento interior del ser de Dios, que es su amor. Y es que la Palabra de Dios no puede ser una palabra vanal, porque su Palabra es su Hijo Amado. Sólo por amor puede entregar a Aquel a quien ama. Toda la revelación

¹¹ Romano Guardini; *Vie de la Foi*. En H. de Lubac; *La Fe Cristiana*. FAX. (Madrid 1970) Pág. 292

¹² Cf. DV 5

¹³ CCE 142

¹⁴ Christoph Schonbörm. “*El Concepto teológico del Catecismo de la Iglesia Católica*”, en Manuel del Campo (Ed.) *El Catecismo de la Iglesia Católica en el X Aniversario de su Promulgación*. (Madrid 2004) Pág. 3.

¹⁵ DV 2

¹⁶ San Anselmo de Canterbury; *Proslogion*; Cap II. Ed. EUNSA. (Pamplona 2002)

¹⁷ Ex 3,14: “*Yo soy el que soy*”. Dios revela su nombre. Según la tradición israelita el nombre expresa la esencia, la identidad de una persona. Según eso la esencia de Dios es ser. Dios es, y su estar en el ser, en la existencia, no depende de nada ni de nadie: su esencia es su existencia incondicionada e incausada, Ser por sí, ser subsistente. Dios es, de forma necesaria. “El que es” dice la esencia misma de Dios.

¹⁸ CCE 231

¹⁹ S. Andrés de Creta. *Homilías Marianas*; Homilía V. Biblioteca Patrística 29. Ed. Ciudad Nueva. (Madrid 1995)

²⁰ Cf. Gal 4,4

de Dios al hombre es un acto de amor, por el que Dios se entrega al hombre, hasta llegar al vaciamiento de la Cruz.

3) El tercer elemento a subrayar es la finalidad la revelación: *“para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía”*. Como sabéis, el Hijo de Dios es designado en el primer versículo del cuarto evangelio como “la Palabra”. Y esta denominación nos da una noticia preciosa sobre Dios y sobre lo que significa su revelación. Al designar al Hijo como “Palabra” se hace referencia al ser espiritual de Dios, espíritu infinitamente perfecto, logos, razón.... En segundo lugar, al poner en relación con la Palabra, tanto la obra creadora, como la plenitud de la obra salvífica, se significa que tanto una como otra surgen de Dios como una comunicación libre, no al modo panteísta, algo así como si se tratase de un proceso “necesario”, sino al modo personal: Dios, ser personal, crea libremente y se comunica libremente. Así, por medio de su Palabra, Dios pone al hombre ante sí, primero en la creación, luego en la redención, como un ser personal, al que interpela, al que llama. Y este hombre ha de responder no con una palabra superficial, con una palabra circunstancial, sino con una palabra “esencial”, que implica toda su persona. Esa respuesta en la profesión de fe.

El protagonismo de la Palabra en la Creación y en la Redención, no se compadece con una visión “automática” o “mecánica” de la obra salvífica, en la que la libertad personal no tenga un lugar decisivo. La comunicación a la que Dios invita en la revelación, es la de una relación de amor en la que el hombre es invitado a aceptar la regeneración y el acrecentamiento de su naturaleza a una novedad no prevista por él: la vida del Hijo de Dios. Ni una comprensión de la bondad de Dios que elimina la responsabilidad del hombre, ni una comprensión de la gracia que actúa en los sacramentos a espaldas del ejercicio de la libertad, son compatibles con el protagonismo del Verbo en la Historia de la Salvación.

Podríamos determinar más el alcance de la invitación de Dios al hombre: ***“Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron, pero a cuantos le recibieron les dio poder de llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre”*** (Jn 1,11-12). O con palabras de san Pablo, que enmarcan el acontecimiento de la Encarnación y de la Redención en el plan salvífico de Dios: ***“envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a cuantos estaban bajo la ley y para que recibieran el ser hijos por adopción”*** (Gal 4,4). En este punto, y con la luz de la resurrección de Cristo, se ilumina el misterio del hombre: ha sido creado como un ser libre, imagen de su creador, capaz de amor, capaz de Dios, para recibir el don del amor de Dios en la forma precisa de la filiación divina. Para este fin creó Dios al hombre distinto de él, pero capaz de él, con este fin le habló y le condujo a través de la historia, con este fin envió a su Palabra hecha carne y permitió que ella soportase el pecado humano, el peso del desprecio y del olvido. Dios creó al hombre para que llegase a ser hijo suyo, partícipe del ser del Hijo Único.

Libertad en su revelación, amor como motivación de esta revelación, cuya finalidad es introducir al hombre en la más grande relación de amor: la de la Trinidad. Estos datos de la Revelación nos ayudarán a entender que tipo de respuesta es la fe. Pero vayamos al otro punto necesario para entender qué es la fe, se trata de la naturaleza del sujeto de la fe, es decir, de la naturaleza humana.

B) Naturaleza humana y Fe

El hombre participa con el resto de los seres en la estructura de la creación respecto al creador y, sin embargo, es una criatura del todo original. Los dos relatos de la creación que nos ofrece el libro del Génesis subrayan los dos aspectos.

El primer relato muestra al hombre como culmen de toda la obra creada, en el último “día”, y se le da el dominio sobre todo²¹. Y acentúa la originalidad de su ser creado rompiendo el ritmo narrativo con una forma de diálogo y, sobre todo, por las expresiones: **“hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”** y **“creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó”**.

El segundo relato de la creación, con una forma literaria diversa, coloca la creación del hombre en el comienzo de la creación, en función de él son creadas todas las cosas. Y subraya su ser original con dos gestos: Dios **plasma** al hombre de la tierra virgen con sus manos e **insufla** en él su “aliento”: **“Entonces Yahveh Dios plasmó al hombre con el limo del suelo, e insufló en él aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente”**²².

Ahora, ¿qué significa este ser original del hombre, este ser “imagen de Dios”? –Significa haber recibido el don de la libertad, fundamentada en la conciencia que el hombre tiene de sí, en la inteligencia y en la voluntad. La conciencia de sí está vinculada a la memoria. La inteligencia permite conocer y contemplar la verdad. Y la voluntad capacita para adherirse a la verdad que la razón distingue y contempla. Son estos rasgos los que dan al hombre creado aquel parecido a Dios que es la libertad y que le hacen capaz para el amor, capaz de Dios.

El don de la libertad es desde la creación una realidad, pero al tiempo es una capacidad²³ que tiende a un fin que está más allá del límite propio del ser criatura. La libertad da a la naturaleza humana creada una finalidad que escapa de las leyes necesarias de la materia y lanzan su espíritu hacia el cielo, en la búsqueda de su Creador. La libertad da al hombre la capacidad de Dios. He aquí el hombre: *“una criatura egregia, capaz de la felicidad eterna y de la gloria del gran Dios, creada por el aliento divino, dotada con su semejanza...”*²⁴.

Es justamente esta apertura radical del espíritu humano la que hace posible que Dios se dirija a él en su revelación como un tú y entre en diálogo de amor con él y le proponga un camino de salvación con el fin de que participe de su ser, de su amor trinitario. Dios creó al hombre capaz de su amor para revelarse a él y conducirlo a la filiación. La revelación de Dios sería del todo absurda e irracional si el hombre no hubiese sido creado para ella. Y, al tiempo, sin esta revelación, el hombre así creado, no se entendería a sí mismo.

Ahora comprendemos mejor la naturaleza de la fe: la Creación pone al hombre en la capacidad del amor; Cristo lo llama y lo establece en una relación amorosa con Dios; y el fin, perseguido desde el principio es que el hombre participe del amor trinitario. Por tanto, la fe, respuesta del hombre a la revelación, está marcada por el amor. En él tiene su origen y hacia él

²¹ Cf. Gn 1,26-30

²² Gn 2,7

²³ Cf. San Buenaventura: *“Ser imagen no es un accidente humano, sino una potencia sustancial”*. En H. de Lubac. *El Misterio del Sobrenatural*. Ed. Encuentro. (Madrid 1991) Págs. 129-130.

²⁴ San Bernardo. *A los clérigos, sobre la conversión*, 27. Obras Comp I. BAC 444. (Madrid 1993). Pág. 387

tiende: *La culminación de todas nuestras obras es el amor. Éste es el fin; para conseguirlo corremos; hacia él corremos, una vez llegados, en él reposamos*²⁵.

Ya hemos dicho que hay una relación de necesidad entre amor y libertad. Sin libertad no hay posibilidad para el amor. Sólo los seres que tienen conciencia de sí, pueden darse. Sólo los seres que tienen capacidad para captar la verdad, la bondad, la belleza de otro, pueden salir de sí para darse a quien perciben como un bien. Esto también significa que nadie puede tomar al otro si éste libremente no se le da. Nadie puede violentar el amor. Este misterio que envuelve a la persona nunca llega a romperse. Aún cuando la relación amorosa se desarrolla y se hace más profunda, la donación y recepción propias del amor sólo son posibles por el ejercicio constante de la libertad, por el ejercicio libre de darse al otro y de recibir al otro. El espíritu del hombre es irreductible. Es la garantía de su libertad y la posibilidad del cumplimiento de su vocación. El amor implica una comunicación libre de las personas: no un “tomar” sino un recibir el don y el testimonio que de sí hace el otro.

Precisamente, la Revelación es un testimonio libre de sí y una oferta de sí que hace Dios al hombre, invitándolo a un diálogo de amor que se desarrolla en la historia y que alcanza la eternidad. Y justamente porque es una auto-comunicación libre, la Revelación no podría ser reducida al conocimiento natural de Dios. Al contrario, es el testimonio que Dios da de sí mismo.

La fe es, pues, aceptación del testimonio de Dios sobre sí y acogida de su amor. Y, al tiempo, es un movimiento del espíritu que atraído por la belleza del amor de Dios, se entrega a él. La fe, por tanto, es un doble movimiento de aceptación y de amor. Es el principio de un único acto teologal que incluye las tres virtudes. Su ejercicio se realiza en un acto único.

Y esta fe, como aceptación del testimonio de Dios, insondable, infinito en su acto de amor, permanece siempre, incluso en la vida eterna, porque el misterio de las personas divinas y de su unidad, nunca se rompe, igual que no se rompe el misterio de la esposa y del esposo en la donación del matrimonio. Y este hecho no es un límite, sino la posibilidad de un amor siempre nuevo y de un amor eterno y perfecto²⁶.

Hay, por tanto, una correspondencia entre el ser de Dios y del hombre con la fe, como principio de relación que Dios establece al revelarse al hombre en la historia, porque la fe responde al carácter libre de Dios y del hombre. La fe es vista así como encuentro entre la iniciativa de Dios y la respuesta del hombre:

Se trataba de un encuentro, del encuentro con miras al cual se había puesto en marcha la aventura del universo. Este mismo encuentro que, cuando se lo considera por parte del hombre es llamado fe, se llama –considerado desde Dios– revelación. La revelación, que es interpelación personal del hombre por Dios, suscita también en el hombre una respuesta personal: la fe. Así se establece una relación a la que hemos de llamar recíproca: una relación a la que más tarde y con razón, se designará con el nombre de "interpersonal". La reciprocidad es tan intensa que, en el

²⁵ San Agustín; *Comentario a la carta a los romanos* 10, 4. PL 35, 2056-2057

²⁶ Cf. Hans Urs von Balthasar: *Este carácter de Dios que, al revelarse se manifiesta como incomprensible, no está condicionado primordialmente por la oscuridad de la fe terrena. Así que esta fe no puede desaparecer sencillamente en la visión cara a cara; al contrario, entonces precisamente la incomprensibilidad de Dios –en toda captación de Dios– alcanzará su máximo. Sería ridículo y contrario a toda experiencia y a toda fe verdadera, en interpretar esta visión cara a cara como una captación definitiva (comprehensio, katalepsis), a la manera de una ciencia adquirida o de una filosofía humana. El axioma agustiniano: "Si comprehendis, non est Deus", vale tanto para el cielo como para la tierra". *La glorie et la croix*. En H. de Lubac: *La fe cristiana*. Fax. (Madrid 1970). Págs. 326-327*

*lenguaje bíblico, la misma palabra que hoy día traducimos por fe, y que evoca una fidelidad recíproca, define igualmente la actitud de cada uno de los dos seres religados el uno con el otro...*²⁷

Después de todo lo dicho, entendemos que la fe no es simplemente un elenco de verdades. No hablamos de un conjunto de creencias, ni de criterios morales, ni tampoco de ritos. Es un movimiento espiritual de todo el hombre, que da unidad a su ser y a su existencia, a su naturaleza y a su historia, en el progreso de un amor al que es llamado gratuitamente, al cual se entrega libremente y que le permite superar todo límite en un diálogo de amor que va más allá de la muerte. La fe introduce al hombre en una dinámica de amor eterno que es el fin para el que fue creado. Por tanto, cuando el hombre da su fe a Dios no realiza un acto contrario a su naturaleza, ni a su inteligencia, sino, bien al contrario, inicia el movimiento espiritual por el que se dirige al único fin que le es propio.

La fe es, pues, una respuesta de amor que se lanza al infinito, a la novedad y libertad absoluta que es siempre Dios. Es la respuesta de un espíritu pobre en sí mismo, pero creado para el amor perfecto de la Trinidad. Es la respuesta del hombre tocado en su espíritu por el Verbo encarnado, hecho hombre para llamarlo y atraerlo, para sanarlo y elevarlo. Y esta respuesta lanza, por el camino de la plenitud, al hombre entero, porque lo toca no en un aspecto secundario o parcial de su ser o de su vida, sino en lo más íntimo y en lo más hondo de su naturaleza.

V. EL CORAZÓN DEL HOMBRE

Legamos así al quinto punto: del corazón de la iglesia y del acto de fe, al corazón del hombre.

La fe, que hemos descrito, es el movimiento propio de la Iglesia hacia el misterio que la habita, hacia Cristo, que es su corazón. Es el movimiento de toda su inteligencia y su voluntad que reconoce en Jesucristo la verdad definitiva y el Sumo Bien. Por eso la prioridad de la Iglesia es este acto teologal, el acto de fe, la adoración, el reconocimiento de su presencia y la entrega a Él. La Iglesia no tiene otra prioridad que el de otorgar a Dios este culto razonable de la fe.

Y justamente este movimiento de la fe, el acto teologal en su unidad, es el camino de la evangelización, porque la fe es el camino humano, el camino de la plenitud humana, el que muestra y lleva al hombre a aquel fin para el que fue constituido como un ser libre, dotado de inteligencia y voluntad. El acto de fe de la Iglesia presenta al hombre de todos los tiempos el camino de la plenitud que ansía. El acto de la fe de la Iglesia dirige la atención del hombre hacia Cristo y le muestra su capacidad para dar unidad y sentido a la naturaleza y a la historia del hombre, de sostener la búsqueda de su espíritu y de introducirle en un diálogo de amor eterno que va más allá de la muerte y de cualquier límite.

Por eso la lógica del discurso del Papa Benedicto a los obispos alemanes es digna de atenta consideración: Tras diagnosticar una progresiva secularización e invitarnos a reflexionar sobre la posibilidad de la evangelización, ha ofrecido como primera pista, la necesidad avivar el acto originario de la fe, expresado en el acto de la adoración, y de ponerlo en primer lugar. Y como segunda pista, la necesidad de sostener la búsqueda del espíritu humano.

El acto de fe original es el primer camino de la evangelización, porque con él la Iglesia, señala a Cristo como el Bien propio de la naturaleza humana. No como un bien subjetivo, sino como un

²⁷ Henri de Lubac. *La Fe Cristiana*. Ed FAX (Madrid 1970). Pág. 295

Bien objetivo, porque se adecua a la naturaleza del hombre; o mejor, porque la naturaleza del hombre fue creada con vistas a este encuentro. Es decir, la Iglesia vivificando su acto de fe, señala a Cristo y a la Trinidad, no como un sistema ideológico, moral, dogmático o místico, cerrado en sí mismo, sino como quien ilumina el origen y el destino, quien da cuenta exacta y cabal de la propia naturaleza humana, de sus capacidades, de sus deseos, de su libertad.

En el acto de reconocimiento del único bien definitivo y de la entrega de la propia persona a este bien, los hombres de Iglesia pronuncian la palabra más elocuente sobre la verdad del hombre y de Dios. Esto es el testimonio. Y por eso el martirio es considerado como el acto sublime de fe y, al tiempo, el más eficaz programa evangelizador.

Por tanto, en la adoración, en el acto de fe, la Iglesia expone el misterio que la habita, el Hijo de Dios hecho hombre, ante el corazón de cada hombre, no como un bien cualquiera, sino como el Bien definitivo para el hombre, el bien final, escatológico. Y esta es justamente la segunda pista que ofrece el Papa para la común reflexión sobre la posibilidad de la evangelización:

“Debemos respetar la búsqueda del hombre, sostenerla, hacerle sentir que la fe no es simplemente un dogmatismo completo en sí mismo, que apaga la búsqueda, la gran sed del hombre, sino que por el contrario proyecta la gran peregrinación hacia el infinito; que nosotros, en cuanto creyentes, al mismo tiempo buscamos y encontramos.

En su comentario a los Salmos, san Agustín interpreto la expresión “Quaerite faciem eius semper”, “Buscad siempre su rostro”, de un modo tan espléndido que desde que yo era estudiante se me grabaron en el corazón sus palabras. No vale sólo para esta vida, sino también para la eternidad. Este rostro lo debemos redescubrir continuamente. Cuanto más entremos en el esplendor de amor divino, tanto más grandes serán nuestros descubrimientos, tanto más hermoso será avanzar y saber que la búsqueda no tiene fin y que, por tanto, encontrar no tiene fin, es decir, es eternidad, la alegría de buscar y a la vez de encontrar.

Debemos sostener a las personas en su búsqueda, sabiendo que también nosotros buscamos, y a la vez, darles la certeza de que Dios nos ha encontrado y que por consiguiente nosotros podemos encontrarlo a él.”

Encontramos por tanto una unidad entre las dos pistas que ofrece el Papa para la evangelización de nuestro mundo: la prioridad de la adoración y la atención, más aún, el sostén, de la búsqueda del hombre.

VI. LA TAREA DE LA EVANGELIZACIÓN

Concluamos ya nuestra exposición.

Las reflexiones que hemos hecho nos ayudarán a entender que la evangelización no depende de organigramas pastorales, ni de costosos medios; ni tampoco del apoyo de la autoridad civil o de su oposición. En el fondo, la evangelización sólo depende de la vida de fe de la propia Iglesia. En circunstancias adversas o favorables, entre halagos o entre persecuciones, la tarea de la evangelización tan sólo depende de que la comunidad eclesial sea una confesión viva de fe.

Pero precisemos lo que queremos decir volviendo a una idea anterior. Y es que la fe no es cualquier tipo de creencia, ni cualquier posición subjetiva respecto a Dios, ni cualquier respuesta individual ante el espectáculo de la Creación o, incluso, ante el acontecimiento de la Redención. La

fe es un movimiento del espíritu no ante una imaginación, sino ante acontecimientos históricos concretos, los de la Revelación de Dios en Cristo, que se imponen a sí mismos y que imponen sus propias reglas en la respuesta de la fe, en el acto de fe. La resurrección de la carne de Cristo se le impuso a Tomás, igual que se le impuso aquel mandato: *“Amaos los unos a los otros”*. La fe, como aceptación del testimonio de Dios en la historia rescata al hombre el sueño de una falsa autonomía y le introduce en la objetividad del plan de Dios²⁸, que se desarrolla como comunión.

La estructura de relación que impone la Revelación a la Fe es la comunión: *“Todos son uno por la fe, por la realidad de una sola fe. ¿Cómo, pues, no admitir entre ellos una unidad real, si son uno por la realidad única de esta fe?”*²⁹. La comunión del objeto de la fe, es decir de la Trinidad, a la que el sujeto es invitado y elevado, impone la comunión del sujeto de la fe, es decir, del hombre, que deja de ser un “yo” aislado, para convertirse en el yo de la Iglesia. Henri de Lubac lo puso de manifiesto al hablar del círculo perfecto de la fe³⁰. Y no es una idea nueva. Si leemos con esta perspectiva la introducción de la primera carta de san Juan, encontraremos que la aceptación del testimonio apostólico es el principio de la fe que introduce al creyente en la comunión de la Iglesia y, por ello, en la comunión trinitaria: *“os anunciamos la Vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos manifestó. Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo”* (1Jn 1,2-3).

Así es como la Iglesia sale al paso del hombre, entra en diálogo con él, le anuncia la Buena Nueva y puede hacer que la búsqueda del hombre se inserte en la carrera de la Iglesia hacia su Señor, la que describe el Apóstol de los gentiles: *“continúo mi carreta para alcanzarlo, como Cristo Jesús me alcanzó a mí. Yo, hermanos, no creo haberlo ya conseguido. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, al premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús. Así pues, todos los perfectos tengamos estos sentimientos... desde el punto a donde hayamos llegado, sigamos en la misma dirección”* (Flp 3, 12-16).

En su martirio, escuchamos a san Máximo el Confesor: *“La Iglesia Católica es la recta y salvífica confesión de de en Dios”*³¹. La evangelización se asegura en la viveza de la confesión de fe, que es lo mismo que decir en la comunión. Y la comunión es el movimiento unánime de la Iglesia, ante su Señor muerto y resucitado. Esta comunión no se logra sino atendiendo a la realidad que la produce: a Dios que se ha revelado en la historia. Insistimos, pues, en que la prioridad es que la comunidad creyente ponga en el centro de su vida a Dios, en la escucha y la obediencia a su palabra, aunque para que esto sea efectivo quizá tenga que dejar caer otras muchas acciones, otras reuniones, otros intereses, otros quehaceres, otras complicaciones, que distraen su mirada y su atención de Cristo³².

La vida de comunión, la vida de la fe, es la respuesta a la pregunta *¿cómo vivir?* Si hoy muchos hombres no encuentran en el anuncio ordinario de la Iglesia la respuesta convincente a

²⁸ C. Schonbörm. *“El Concepto teológico del Catecismo de la Iglesia Católica”*; pg 36: *“La fe abre el particularismo de las culturas, que comporta siempre un cierto riesgo de aislamiento, hacia lo universal de la verdad. En este sentido, la fe es garantía de la universalidad de la razón. Siendo la fe luz divina para iluminar el camino del hombre, saca a la luz la universalidad de la verdad que el particularismo cultural trata de oscurecer. En este sentido, la fe es la garantía de una comunión universal en la búsqueda y la adhesión a la verdad”*

²⁹ San Hilario de Poitiers. *La Trinidad*; BAC 481 (Madrid 1986). Pág. 366

³⁰ Cf. Henri de Lubac. *La Fe Cristiana*. Faz (Madrid 1970). Pág. 255. Cf. J. Ratzinger. *Teoría de los Principios Teológicos -Mate para una teología fundamental-* Ed. Herder. (Barcelona 1985). Pág. 24

³¹ Cf. PG 90, 132 A. Cf. M.J. Le Guillou. *El Misterio del Padre*. Ed. Encuentro. (Madrid 1998). Pág.52-53

³² Cf. Si 11,10: *“Hijo, no te metas en múltiples asuntos”*.

esta pregunta, es, en gran medida, porque la fe y la comunión de la Iglesia, se les ofrece fragmentadas y oscurecidas por estructuras, actividades, organigramas, moralismos, dogmatismos e ideologías. Así se oscurecen la confesión apostólica y la comunión eclesial, y se oscurece, por tanto, el camino del hombre que el Hijo de Dios ha tomado como suyo y ha abierto a la plenitud de la vida divina.

Espero que estas palabras sirvan para estimular la búsqueda conjunta del Dios que se nos ha revelado, y que el estudio que se lleve a cabo en nuestro Centro sea un verdadero acto de adoración, conforme a la invitación de san Agustín: *"Ya creo que es Dios, pero pregunto cómo es Dios. Buscad siempre su rostro" (Sal 104,4). Que nadie desfallezca en la búsqueda, antes bien, avance. Avanza en la búsqueda si es la piedad y no la vanidad la que busca. ¿Cómo busca la piedad y cómo la vanidad? La piedad busca creyendo, la vanidad disputando*³³.

Gracias.

Enrique Santayana Lozano

³³ San Agustín; *Sermón* 261, 2. Obras Completas XXIV, BAC (Madrid 1983) Pág. 644